



La sociedad actual, en la que los principales valores se sustentan en la juventud, la salud, la belleza y la productividad, tiene los días contados. El envejecimiento de la pobla-

ción es un hecho irrevocable. Se calcula que, en el 2020, uno de cada cinco españoles tendrá más de 65 años. La situación es un nuevo reto que plantea múltiples incógnitas, tanto en lo refe-

rente a la administración de los limitados recursos como a otros temas de índole ética a los que se enfrentan diariamente las personas que se dedican a la asistencia geriátrica.

La ética en la ancianidad

Los cambios en la población plantean retos e incógnitas sobre el futuro de la sociedad

RAQUEL SUÁREZ • LA VERDAD

La sociedad actual se prepara para asumir un reto que nunca hasta ahora se había planteado: un creciente número de ancianos y unos recursos limitados para abastecer a este sector de la población, cada vez más voluminoso. Se calcula que, dentro de veinte años, uno de cada cinco españoles tendrá más de 65 años. Este fenómeno no es un hecho aislado de la sociedad occidental, sino que en mayor o menor medida el envejecimiento de la población es una realidad global. Tanto es así que las estadísticas calculan que, un quince por ciento de la población mundial —en torno a los 1000 millones— tendrán más de sesenta años en el 2010.

Francisco J. Alarcos, especialista en Bioética y ancianidad explicó, en el Master en Gerontología, que ha organizado la Escuela de Negocios de Murcia, que cada vez son mayores los dilemas éticos que surgen en torno a la vejez y recordó que el envejecimiento plantea cuestiones médicas, sociales y también éticas.

En estos momentos, los sociólogos consideran que una población está envejecida cuando las personas mayores superen en más de un 12 por ciento al resto. En pocos años, esta cifra resultará casi irrisoria si se confirman las expectativas que apuntan a que un 17 por ciento serán viejos en el 2020. Además, todo esto se produce en un momento en el que las actitudes sociales hacia la ancianidad no atraviesan por su mejor momento. Incluso, se plantea la existencia de un pseudo-racismo, que convierte a los ancianos en un grupo vulnerable, débil y marginal.

Desde este punto de vista, el profesor Alarcos considera que las personas mayores no sólo representan un problema social, sino también una responsabilidad y una oportunidad para ejercer con ellos la solidaridad y la justicia.

Conflictos morales

Los problemas de carácter ético que se plantean en torno a la ancianidad son de muy diversa índole. Por ejemplo, según apunta Alarcos, uno de los más polémicos son los límites de la ciencia: «la cuestión es si todo lo técnicamente posible es éticamente permisible», dice.

Por otra parte, está la explosión de los costes sanitarios, lo que obliga a formular temas como la contención del gasto y la distribución de los recursos escasos.

Junto a estos, surgen una multitud de preguntas que se plantean diariamente en el ejercicio de la asistencia geriátrica y que son objeto de continuo debate. Temas como la eutanasia, la experimentación, la suspensión de comida y líquido, la confidencialidad, el uso o no de algunas tecnologías y la discriminación de recursos por



Una doctora atiende a pacientes de un hospital. Todas las fotos de la página son de archivo. /L.V.



Una cuidadora atiende a los enfermos. /L.V.

razones de edad son algunos de los interrogantes que acechan a la sociedad actual y sobre los que existe gran discrepancia de opiniones.

En opinión del profesor Alarcos, el anciano vive en la actualidad en una situación de marginación motivada, fundamentalmente, por una organización social y económica basada en la capacidad personal de producción. «Así,

cuando una persona deja de producir, se ve condenada a una pérdida de prestigio social. Los individuos no activos pasan a formar parte de las clases pasivas del Estado, lo que supone automáticamente su marginación», indica.

Además, señala que a esta se añade la automarginación, en la que vive el propio anciano como consecuencia de la soledad y pérdida de identidad a la que se ve

sometido, dentro de un medio despersonalizado e insolidario.

Desde esta perspectiva, la bioética —unas normas generales para resolver situaciones médicas conflictivas— dan claves para solucionar algunos de los problemas se plantean mediante cuatro principios generales: hacer el bien al paciente, no hacer daño, respetar las decisiones del paciente y considerar y respetar por igual a todos.



Vocación, profesionalidad y tacto

R.S. • LA VERDAD

Vivir su actividad como vocación es la primera cualidad que deben reunir las personas, que se ocupan del cuidado de los ancianos, en opinión Francisco J. Alarcos. Junto a esta capacidad para proporcionar el bien, más allá de cualquier interés personal, el profesor de Bioética y Ancianidad cita la compasión y la competencia, para desarrollar su trabajo con profesionalidad, como virtudes esenciales en este tipo de trabajadores sociales y sanitarios.

Del mismo modo, considera indispensable la confidencialidad. «Ésta se relaciona con la buena educación, con el respeto y con la práctica del silencio pero, sobre todo, —explica— se caracteriza por la capacidad de preservar la vida íntima del otro, es decir, su intimidad, su universo interior. El paciente, precisamente porque se halla en una situación vulnerable, se ve obligado, en determinadas circunstancias, a exponer su corporeidad y su intimidad al otro. Exponerse consiste en poner fuera de sí lo que uno es y es una tarea que, por lo general, produce vergüenza y sonrojo».

En igual plano de importancia ubica Alarcos la confianza, que dice que constituye un elemento central en el arte de cuidar y para lo que asegura que es fundamental que el profesional sepa dar pruebas y garantías de confianza, no sólo por sus palabras y por su gestualidad sino por la eficacia y eficiencia de la acción que desarrolla. También deseables en un cuidador de ancianos es la conciencia que resume así: «supone mantener siempre la tensión, estar atento a lo que se está haciendo y no olvidar jamás que el otro vulnerable, que está bajo mis cuidados, es un ser humano que, como tal, tiene una dignidad intrínseca».

Por otra parte, destaca valores como el del tacto, referido a la capacidad de estar en una determinada circunstancia sin incomodar, ni resultar una molestia, el saber escuchar y el mantener el sentido del humor, como fundamentales en el cuidado del anciano. Y, sobre todo, respetar a la persona y permitir que sea él mismo y se exprese como tal, alentar su propia identidad en lugar de eclipsarla.